

# EL AMOR ES DAR LO QUE NO SE TIENE A QUIEN NO ES

Por Julieta Ruiz Díaz

*Lacan decía, hablando sobre su definición sobre el amor: El amor, es dar lo que no se tiene a quien no es.*

Hace años, ella pensaba en el amor como algo abstracto, incluso desconocido y que no le pasaría. Siempre es así cuando uno no conoce o cuando jamás tuvo un sentimiento determinado.

Nos pueden hablar del miedo, pero se llega a entenderlo solo cuando uno lo ha vivido. Y podríamos seguir hablando.

Pasaron los años y todavía recuerdo su historia.

Ella era joven, muy joven. Quizás no tanto, no sé. Ella, Audrey, era una chica alegre y simpática que se consideraba libre y que creía que tenía todo el tiempo del mundo por delante. Su vida no había sido muy fácil. Se dio cuenta mucho tiempo después.

Audrey trabajaba mucho para su edad, se ocupaba bastante, además, de su familia. Su vida y lo que hacía le parecía normal.

Un día, por su trabajo, un trabajo que ella tenía la costumbre de hacer y que la llevaba a conocer bastante gente; fue a buscar a un grupo de personas que venía de Francia. Ella traducía. Era un trabajo más, casi un trámite automático y cotidiano.

Hizo su trabajo. Las traducciones consecutivas son largas y cansadoras. Después, había que pasear un poco al grupo y luego el típico almuerzo.

Ella se sentó, por casualidad, al lado de un hombre del grupo. Cruzaron algunas palabras, sin más. Como siempre, todas las personas le dieron su tarjeta, diciendo, "si un día venís a Francia, nos llamás". Tenía una bolsa llena de tarjetas que acumulaba desde hacía dos o tres años sin saber mucho qué hacer con ellas.

Era el 17 de marzo de 1999. Ella se iba de vacaciones a Europa, unos días después porque había trabajado muchísimo y había ahorrado plata.

Dejó al grupo de franceses en la universidad, saludó a todos y se fue. En la parada del colectivo, tanteó las tarjetas en su cartera y agarró dos. La de Laura, la única chica del grupo, y la del señor que se había sentado a su lado, en la comida. Él, venía con el grupo, pero era el único que no formaba parte de

la misión comercial. Él venía con el grupo de la municipalidad de una ciudad de Francia, pero se ocupaba de la parte cultural. Audrey no hizo muchas preguntas. Solo sabía eso. Tomó las dos tarjetas que guardó en su agenda naranja. Esta agenda era un tesoro que contenía todo lo que sería su viaje a Europa en unos días.

El 25 de marzo, se embarcó hacia Europa. Se fue con un grupo de amigas, pero Audrey había elegido hacer el viaje sola. Nunca le gustó mucho moverse en grupo. Pasaron por New York porque el vuelo no era caro. Pasaron el día en New York con dos chicos que viajaban en el avión también. Y después, a las 22h, ella tomó el vuelo hacia Roma y sus amigas y los chicos, hacia España. Este tipo de vuelo permitía llegar a una capital y repartir de otra. Audrey se volvía de Madrid. El camino inverso de sus amigas. Como era sociable y conocía algunas personas en Europa, pensaba alternar entre los albergues de la juventud e ir a lo de los conocidos que la habían invitado a sus casas.

Audrey recorrió varias ciudades de Italia, conoció a mucha gente simpática. Se sentía libre, porque lo era. Cada mañana, decidía lo que iba a hacer. Y para ella, a los 22 años, era único. Viajaba, como tiene la misma costumbre hoy, casi sin equipaje. No tenía para nada la costumbre de comprar recuerdos. Todo eso la ayudaba a sentirse más liviana todavía. Quedó fascinada con Italia.

Hoy, Italia gana siempre cuando hay que pensar en una maravilla donde vivir. Incomparable.

Después, Audrey siguió su periplo: Austria, Suiza. Cada ciudad la eligió por una razón específica. En Ravenna, soñaba con mirar la tumba de Dante. En Ginebra, quería dejar flores en la tumba de Borges. Padova, Verona, Sienna, Florencia, y tantas otras ciudades. En Austria, el hecho de estar parada frente a la vitrina que conserva las partituras de La Flauta mágica de Mozart va a quedar para siempre grabado en su memoria.

Y después, en Suiza: le dijo «hasta pronto» al Lago Léman y partía para Francia.

Normalmente, se tenía que quedar en lo de Laure, la chica que le dio su tarjeta unos días atrás. La llamó antes de irse de Ginebra, para reconfirmar, pero nadie atendía. Y solo tenía su teléfono fijo. De repente, pensó en llamar a Jean. El señor. Él sabría quizás más sobre Laure.

Audrey habló con Jean. Laura estaba de viaje, un imprevisto. «Podés venir a mi casa, te voy a buscar al tren. Cuando llegues a Lyon, llamás y decís en la facultad a qué hora llegás a mi ciudad. Yo voy a estar».

Tomó el tren, se bajó y él estaba ahí. Pero ella no tenía ninguna idea in mente.

Fueron a tomar un café por el barrio, simpático. Audrey le hacía bastantes preguntas, como sigue haciéndolo hoy. Es, a lo mejor, su manera de

comunicarse. Él, era una persona atractiva, culta y que imponía una distancia, a la francesa.

Fueron a su departamento. Era grande, luminoso. El color amarillo ganaba todo el ambiente. «Está sucio». Su único comentario antes de abrir la puerta. Cada uno descansó un poco en un cuarto. «Te invito a comer esta noche, dormí un poco». Y cerró la puerta.

Audrey agarró su mapa y pensó que se quedaría esa noche y que se iría al día siguiente porque la ciudad era realmente chiquita y aparentemente no había mucho para hacer. Tenía su pasaje para París en cuatro días, pero, en el medio, quería ir a otra parte. Y, además, Jean era amable, pero sin más. Entonces, era mejor ver a dónde ir. Se quedó dormida una horita. Jean golpeó para ir a comer. Ella se preparó y salieron. Efectivamente, la ciudad era chiquita. Era de noche. Estaba fresco. Audrey era y es friolenta. Él, solamente llevaba puesta una camisa a cuadros verdes. El verde. El color preferido de Audrey.

Fueron a un restaurante lindo. Audrey no se acuerda del nombre. Guardó, como una nenita, la caja de fósforos que no se animó más a sacar de la gran caja donde encerró todos los pequeños recuerdos del viaje.

En el restaurante, conocían a Jean. Incluso, compró ahí mismo, cigarrillos. En el país de Audrey no era frecuente comprar cigarrillos en un restaurante. Audrey no era francesa. Ella tiene también un paquete vacío de sus cigarrillos, de los cuales se niega a acordarse de la marca. Y menos todavía a abrir la caja. Incluso 23 años después, no se anima. No tiene el coraje.

El dueño del restaurante sabía que iría porque había reservado una mesa. Pasaron una comida bellísima. Él tenía un encanto especial que envolvía a Audrey. Y ella se dejaba envolver sin darse cuenta.

Más tarde, dieron una vuelta por una especie de bar- boliche. Tomaron algo: él, ella no. Bailaron un poco y se fueron. De vuelta al departamento, el comentario de Jean fue: “no soy un ángel. Y tenés los ojos más lindos del mundo, con unas cejas únicas”. A Audrey le gustó el comentario, pero también pensó que era un poco frase hecha.

Pasaron la noche juntos, una noche maravillosa. Al día siguiente, ella se despertó con la mano de Jean acariciando su espalda y un café negro y sin azúcar- como le gusta a ella- en la otra mano.

Ella abandonó la idea de buscar otra ciudad. Ese día la transportó al cielo. Todo. Él, les conversaciones, las comidas, las fotos que le mostró. Al día siguiente el sueño no hacía más que crecer. Él se quedó con ella. Jean no fue a trabajar. Muy modesto, hablaba de su trabajo y Audrey se daba cuenta de que él y su trabajo eran más que muy importantes. Hablar con Jean era todo lo

que contaba en el mundo. Y sentir sus besos y sentirse rodeada por sus brazos.

En un momento, estaban recostados en la cama. Piazzolla sonaba tranquilamente. Él le preguntó qué le pasaba. Nada, mintió, Audrey. Ahí, sintió un nudo en el estómago. Se dio cuenta. Se había enamorado. Se trataba de una sensación desconocida para Audrey. Se sentía rara, feliz, paralizada. Se quedó en silencio escuchando todo el cd de Piazzolla mientras Jean se había quedado dormido. A él siempre le costó hablar de sus sentimientos. Ahora peor todavía.

Jean se despertó. El anochecer fue un sueño más. Imposible describir el miedo y la felicidad entremezclados en su panza, su cabeza y su corazón. Audrey partía al día siguiente hacia París. No durmieron en toda la noche.

Por momentos, ella se sentía libre y por otros, aterrorizada porque el futuro no tenía futuro. Si él no decía nada, el presente quedaría en el pasado. Se sentía incapaz de explicar sus sentimientos.

Al día siguiente, se bañó, llorando. No dijo nada. Jean tenía una reunión a las 11h, en la Escuela de Bellas Artes, que él dirigía. Era Doctor en Letras y había hecho su tesis sobre Apollinaire. Le mostró sus libros, sus escritos, le contó su vida, su recorrido.

Tenía una hija, a la que adoraba. Jean no era fácil para expresar sus sentimientos tampoco.

Le confesó, casi, a Audrey, que su hija era su obra más bella y el único paso en el que no se había equivocado.

Audrey, muchos años más tarde, supo que a su hija le hubiera gustado escucharlo de la boca de Jean y no de la suya.

Audrey tenía su tren a las 10h. No se quería ir. Había preparado su bolsito rojo y Jean la acompañó a la estación. A ella le parecía buen mozo, vestido de negro, fumando. Fumaba mucho. Y tomaba mucho café también.

El altavoz anunciaba la partida del tren en unos minutos. Se escuchaba: “el tren con dirección a París va a partir en unos minutos, tenga cuidado con el cierre de las puertas”. Él le repetía que tuviera cuidado con su bolso porque lo había dejado sobre el asiento.

Lo único que ella fue capaz de hacer, fue abrazarlo fuerte entre sus brazos, ponerse a llorar y decirle gracias. El timbre sonó fuerte y las puertas se cerraron. Audrey se sentó y se quedó llorando dos horas hasta la llegada a la Estación de Lyon en París. Vino el guardia, ella le pasó el pasaje ya validado en la máquina.

Audrey no lograba reaccionar. Prendió un cigarrillo, que estaba completamente mojado por sus lágrimas. Tomó un poco de agua.

Su llegada a París era un sueño esperado durante mucho tiempo y, ahora, llegar a París no tenía ningún sentido. No sabía qué hacer. Audrey se iba a quedar en lo de una mujer que había conocido en un albergue en Florencia. Esperó porque todavía era temprano y se juntaban en casa de Chantal a las 16h.

En la noche, sonó el teléfono en lo de Chantal. Jean le había pedido que le dejara un teléfono para poder ubicarla. Chantal le pasó el tubo a Audrey. Escuchó: “no puedo olvidar tus lágrimas ni tus ojos. Te espero en dos horas en el café Le Départ, en el Barrio Latino. Puedo alojarte”

Se tomó un taxi y llegó. Él pidió una mousse de chocolate con crema chantilly y frutillas. Y un café grande. Audrey, una copa de vino tinto.

Vivieron la semana más bella de la vida de Audrey. Pero los días se desvanecían. Siempre fue dura para hablar de sus sentimientos. Era un esfuerzo imposible.

Era la última noche. Caminaron de la mano, después de comer, durante horas. Volvieron al hotel de la Calle de las Escuelas, a las 4h de la mañana. Jean se iba al día siguiente y ella se quedaba en París tres días más, para ir después a España y finalmente, volver a su país.

Ella tomó coraje, un coraje que no sabe de dónde pudo sacarlo. Le confesó que se había enamorado. Él no dijo nada. La tomó entre sus brazos.

Al día siguiente, había huelga. Él quería irse solo a la estación, pero ella igual fue con él. No se sabía si el tren iba a partir o no. El altavoz anunciaba mensajes contradictorios. Sí. No. Finalmente, iba a salir. Audrey no podía dejar de llorar en silencio. Él la abrazó y se precipitó hacia el andén y ella lo perdió de vista entre la multitud.

Audrey se quedó en París. Se sentía sola y perdida, “pommée”, como le enseñó a decirlo Jean de una forma más familiar.

Ella se fue a España. Allá también, él la llamó y le dijo cosas bellísimas. Pero no las que ella quería escuchar, a lo mejor.

Se volvió a su país en el mes de mayo. Sentía que se moría de amor. Estaba convencida de que estos sentimientos les pasaban a los demás. Error.

Pasaban los meses. Ella rendía sus últimos exámenes en la facultad, de estudios que nunca le gustaron.

Jean, uno de los días que compartieron juntos, vio un escrito de Audrey. Y le dijo: “vos vas a ser alguien que va a escribir, estoy seguro”

Bastante seguido, recibía postales de Jean provenientes del mundo entero.

A fines de noviembre, ella le preguntó si podía ir a verlo a Francia, en diciembre. La respuesta fue: “por supuesto”.

Publicado en HAY QUE DECIRLO CON LIBERTAD N° 36

[www.hayquedecirlo.com](http://www.hayquedecirlo.com)

Fue. Poco a poco, pudieron hablar. Lamentablemente para Audrey, Jean era el amor de su vida, pero él no sentía lo mismo por ella. Se quedó en su casa casi un mes.

El papá de Jean tuvo un problema de salud y él tenía que irse para ocuparse de él. El 28 de diciembre. La agarró fuerte entre sus brazos, sin soltarla. Le dijo bajito: «soy yo el problema». Audrey le pidió que no la consolara, que no le dijera mentiras. Mirándola muy fijo, con sus grandes ojos azules, Jean le respondió: “lamentablemente, no es una mentira, sería mucho más fácil”. Le dio un beso más y se fue.

Audrey no olvida jamás su manera de caminar, con las manos en los bolsillos. Nevaba. Lo miraba a través de la ventana del primer piso. Y lo perdió de vista.

Audrey sentía que se le faltaba el aire por la tristeza y que se ahogaba en sus propias lágrimas. Se había quedado inmóvil.

Dos días después, volvió a su país. Antes de partir, le dejó las llaves del departamento sobre la almohada. Miró toda una última vez, sabiendo que no vería más ese departamento.

Una vez de vuelta a su país, vivía de manera automática. Se sentía seca, sola, perdida.

Las postales llegaban de vez en cuando. Con cada sobre que provenía de diferentes países, porque Jean viajaba seguido, ella sentía como si le arrancaran un pedazo de piel.

El tiempo pasó. Mucho tiempo. La vida le presentó a Audrey otras chances, otras oportunidades, que ella eligió aceptar. Le pidió a Jean que no le escribiera más.

Audrey hizo su vida. Como pudo. Y como ella eligió, seguramente. Eligió mal.

De vez en cuando, ella buscaba su nombre en internet, solo eso.

Veinte años después, escribió su nombre, una vez más y vio una publicación que anunciaba su muerte.

Durante algunos años, Audrey había intentado contactar a su hija. Le mandó una invitación por Facebook suponiendo que era ella. Esperó una respuesta, años.

Hace dos o tres meses, vio que la chica había aceptado su invitación. Audrey le preguntó por mensaje si era la hija de Jean. Sí. Era ella.

La hija de Jean llamó a Audrey. Su hija fue un amor. Era una conversación que Audrey esperaba desde hacía 23 años. Hablaron dos veces, por video llamada, horas.

Su hija pudo responderle a Audrey muchas preguntas. Le hizo bien. Era una persona como Jean la describía: pura y adorable.

A través de Audrey, te lo agradezco. Te voy a decir Marie, para preservar tu nombre, porque sé que Audrey no encontrará jamás las palabras suficientes para agradecerte. No solamente por el hecho que le hayas respondido sino por haberla comprendido, escuchado y ayudado. Gracias, infinitamente gracias.

Yo, Audrey, termino esta pequeña o gran historia, con una vieja carta que encontré años después. Y que releí, una vez más, cuando corté después de haber hablado horas con Marie.

*Para vos, Jean, como todo.*

*Han pasado cinco años sin volver a verte. El amor sigue intacto. La tristeza también. Conocí a otras personas, se escurrieron muchas horas, pasaron muchos momentos; pero nadie ha sido capaz de llenar el vacío que has dejado. Y como un día mi madre le dijo a mi padre, yo te lo digo a vos hoy: yo creía que nadie era indispensable. Vos sí. Y cada día, a cada instante, sigo preguntándome dónde estarás y si, quizás, te acordarás de mí. Y me siento estúpida por hacerme este tipo de preguntas, pero igual sigo haciéndomelas. Para vos, Jean, estas líneas, como todo, aunque no te guste. Y te repito una vez más que te amo, tal como sos, en mi país o en Francia, a tu edad o a la mía, no importa dónde, no importa cómo, pero para siempre. Y te confieso una vez más que te amo. ¿Por qué? No sé. Será, quizás, justamente por eso que te amo.*

## **L'AMOUR, C'EST DONNER CE QU'ON N'A PAS À QUI N'EN VEUT PAS**

**Par Julieta Ruiz Díaz**

Lacan disait en parlant sur sa définition d'amour : *L'amour, c'est donner ce qu'on n'a pas à qui n'en veut pas.*

Il y des années, elle pensait à l'amour comme quelque chose d'abstrait, d'inconnu même et qui lui arriverait pas. C'est toujours ainsi quand on ne connaît pas ou on n'a jamais éprouvé un sentiment.

On peut nous parler de la peur mais on arrive à la comprendre que quand on l'a vécue. Et on pourrait continuer à en parler.

Les années sont passées et je me rappelle encore de son histoire.

Publicado en HAY QUE DECIRLO CON LIBERTAD N° 36

[www.hayquedecirlo.com](http://www.hayquedecirlo.com)

Elle était jeune, très jeune. Peut pas trop, je ne sais pas. Elle, Audrey, était une fille joyeuse et sympathique qui se considérait libre et qui croyait qu'elle avait tout le temps du monde devant elle. Sa vie n'avait pas été trop facile. Elle s'en est aperçu longtemps après.

Audrey travaillait beaucoup pour son âge, elle s'occupait, en plus, pas mal de sa famille. Elle trouvait sa vie normale et ce qu'elle faisait aussi.

Un jour, à cause de son travail, un travail qu'elle avait l'habitude de faire et qui la menait à connaître pas mal de gens, elle est allée chercher un groupe de personnes qui venaient de France. Elle traduisait. C'était un boulot de plus, presque une démarche automatique et quotidienne.

Elle a réalisé son travail. Les traductions consécutives sont longues et fatigantes. Après, il fallait promener un peu le groupe et puis le typique déjeuner. Elle s'est assise, par hasard, à côté d'un homme du groupe. Ils ont croisé quelques mots, sans plus. Comme à chaque occasion, toutes les personnes lui ont donné leurs cartes de visite, en disant, « si jamais tu viens en France, tu nous appelles ». Elle avait un sac plein de cartes qu'elle cumulait depuis deux ou trois ans sans savoir trop quoi en faire.

C'était le 17 mars 1999. Elle partait en vacances en Europe, quelques jours après, car elle avait énormément travaillé et elle avait mis de l'argent de côté.

Elle a déposé le groupe des Français à l'université, elle a dit au revoir à tout le monde et elle est partie. Dans l'arrêt de bus, elle a tatonné les cartes dans son sac et elle en a pris deux. Celle de Laura, la seule fille du groupe, et celle du monsieur qui était assis à côté d'elle, au repas. Lui, il venait avec le groupe mais c'était le seul qui ne faisait pas partie de la mission commerciale. Il venait avec le groupe de la mairie d'une ville de France mais il s'occupait de la partie culturelle. Audrey n'a pas posé beaucoup plus de questions. Elle ne savait que cela. Et elle a pris les deux cartes qu'elle a gardées dans son petit agenda orange. Cet agenda était un trésor qui contenait tout ce qui serait son voyage en Europe dans quelques jours.

Le 25 mars, elle s'est embarquée pour l'Europe. Elle est partie avec un groupe d'amies mais Audrey avait choisi de faire le voyage toute seule. Elle n'a jamais trop aimé bouger en groupe. Elles sont passées par New York car le vol était pas cher. Elles ont passé la journée à New York avec deux garçons qui voyageaient dans l'avion aussi. Et après, à 22 heures, elle a pris son vol vers Rome et ses amies et les garçons, vers l'Espagne. Ce type de vol permettait d'arriver à une capitale et de repartir d'une autre. Audrey repartait de Madrid. Le chemin inverse de ses copines. Comme elle était sociable et qu'elle connaissait quelques personnes en Europe, elle pensait alterner entre les auberges de jeunesse et aller chez les connaissances qui l'avaient invitée.

Audrey a fait pas mal de villes d'Italie, elle a connu plein de gens sympas. Elle se sentait libre puisqu'elle l'était. Elle décidait chaque matin ce qu'elle allait faire. Et pour elle, à 22 ans, c'était unique. Elle voyageait, comme elle a l'habitude de le faire même aujourd'hui, presque sans bagages. Elle n'avait pas

du tout l'habitude d'acheter de petits trucs. Tout cela l'aidait à se sentir encore plus légère. Elle est tombée sous le charme de l'Italie.

Aujourd'hui, l'Italie gagne toujours quand il faut penser à une merveille pour y habiter. Incomparable.

Puis Audrey a continué son périple : l'Autriche, la Suisse. Chaque ville avait été choisie pour une raison spécifique. À Ravenne, elle songeait à regarder la tombe de Dante. À Genève, elle voulait laisser des fleurs sur la tombe de Borges. Padova, Verona, Sienna, Florence, et tellement d'autres villes. En Autriche, le fait d'être debout, face à la vitrine qui contient les partitions de la Flûte enchantée de Mozart restera à toujours encrée dans sa mémoire.

Et après la Suisse : elle a dit « à bientôt » au Lac Léman et elle partait en France.

Normalement, elle devait rester chez Laure, la fille qui lui avait donné sa carte quelques jours auparavant. Elle lui a téléphoné avant de quitter Genève, pour reconfrmer mais elle répondait pas. Et elle n'avait que son téléphone fixe. D'un seul coup, elle a pensé à passer un coup de fil à Jean. Le monsieur. Il saurait peut être plus sur Laure.

Audrey a eu Jean au téléphone. Laura se trouvait en déplacement, un imprévu. « Tu peux venir chez moi, je vais te chercher au train. Quand tu arrives à Lyon, tu appelles et tu dis à la fac à quelle heure tu seras dans ma ville. J'y serai ».

Audrey a pris le train, elle est descendue et il y était. Mais elle n'avait aucune arrière pensée.

Ils sont allés prendre un café dans le quartier, sympa. Audrey lui posait pas mal de questions, comme elle fait encore aujourd'hui. C'est peut être sa manière de communiquer. Lui, c'était une personne attirante, cultivée, et qui imposait une distance, à la française.

Ils sont allés à son appartement. Il était grand, lumineux. La couleur jaune gagnait l'ambiance. « C'est sale ». Son seul commentaire avant d'ouvrir la porte. Chacun s'est reposé un peu dans une chambre. « Je t'invite dîner ce soir, dors un peu ». Et il a refermé la porte.

Audrey a pris sa carte de voyage et a pensé qu'elle resterait ce soir-là et qu'elle repartirait le lendemain car la ville était vraiment petite et apparamment il n'y avait pas grand chose à faire. Elle avait son billet pour Paris dans quatre jours mais, au milieu, elle voulait aller ailleurs. Et puis, Jean était gentil mais sans plus. Donc, c'était mieux de voir où se rendre. Elle s'est endormie une petite heure. Jean a frappé pour lui dire d'aller manger. Elle s'est préparée et ils sont sortis. Effectivement, la ville était petite. C'était le soir. Il faisait frais. Audrey était et est frileuse. Lui, il ne portait qu'une chemise à carreaux verts. Le vert. La couleur préférée d'Audrey.

Il sont allés dans un beau restaurant. Audrey ne se rappelle pas son nom. Elle a gardé, comme une gamine, la boîte à allumettes qu'elle n'ose plus ressortir de la grande boîte où elle a enfermé tous ses petits souvenirs de voyage.

Au restaurant, ils connaissaient Jean. Il a même pris des cigarettes. Ce n'était pas fréquent dans le pays d'origine d'Audrey de prendre des cigarettes dans un restaurant. Audrey n'était pas française. Elle a aussi un paquet vide de ses cigarettes dont elle refuse de se rappeler la marque. Et encore moins d'ouvrir la boîte. Même 23 ans après, elle n'ose pas. Elle n'a pas le courage.

Le patron du bistrot savait qu'il irait car il avait réservé une table. Ils ont passé une très belle soirée. Il avait un charme spécial qui enveloppait Audrey. Et elle se laissait envelopper sans s'en apercevoir.

Plus tard, ils ont fait un petit tour dans une espèce de bar-boîte. Ils ont pris un coup : lui, pas elle. Ils ont dansé un peu et ils sont repartis. De retour à l'appartement, le commentaire de Jean a été : « je ne suis pas un ange. Et tu as les yeux les plus beaux du monde, avec des sourcils uniques ». Audrey a aimé le commentaire mais tout en pensant que c'était un peu cliché.

Ils ont passé la nuit ensemble, une nuit merveilleuse. Le lendemain, elle s'est réveillée avec la main de Jean caressant son épaule et un café noir et sans sucre- comme elle aime- sur l'autre main.

Elle a laissé de côté son idée de chercher une autre ville. La journée l'a transportée au ciel. Tout. Lui, les conversations, les repas, les photos qu'il lui a montrées. Le lendemain, le rêve ne faisait que grandir. Il est resté avec elle. Jean n'est pas allé travailler. Très modeste, il parlait de son boulot et Audrey se rendait compte que lui et son travail étaient plus que très importants. Parler avec Jean était tout ce qui comptait au monde. Et sentir ses baisers et se sentir entourée de ses bras.

À un moment, ils étaient allongés sur le lit. Piazzolla sonait calmement. Il lui a demandé ce qui lui arrivait. Rien, a menti, Audrey. Là, elle a ressenti un nœud dans le ventre. Elle s'est rendu compte. Elle était tombée amoureuse. Il s'agissait d'une sensation inconnue pour Audrey. Elle se sentait bizarre, heureuse, paralysée. Elle est restée en silence en écoutant tout le cd de Piazzolla pendant que Jean s'était endormi. Elle avait toujours eu du mal à parler de ses sentiments. Encore pire maintenant. Jean s'est réveillé.

La soirée a été un rêve de plus. Impossible à décrire la peur et le bonheur entremêlés dans son ventre, sa tête et son cœur. Audrey repartait le lendemain vers Paris. Ils n'ont pas dormi de la nuit. Par moments, elle se sentait libre et par d'autres, terrifiée car l'avenir n'avait pas d'avenir. S'il ne disait rien, le présent resterait dans le passé. Elle se sentait incapable de s'exprimer.

Le lendemain, elle a pris une douche en pleurant. Elle a rien dit. Jean avait une réunion à 11 heures, à l'École des Beaux Arts qu'il dirigeait. Il était Docteur en Lettres et avait fait sa thèse sur Apollinaire. Il lui a montré ses livres, ses écrits,

il lui a raconté sa vie, son parcours. Il avait une fille qu'il adorait. Jean n'était pas facile pour exprimer ses sentiments non plus.

Il a presque avoué à Audrey que sa fille était sa plus belle oeuvre et le seul pas où il ne s'était pas trompé.

Audrey, plein d'années après, a su que sa fille aurait voulu l'entendre par la bouche de Jean et pas par la sienne.

Audrey avait son train à 10heures. Elle ne voulait pas partir. Elle a préparé son petit sac rouge et Jean l'a accompagnée à la gare. Elle le trouvait beau, habillé en noir, en train de fumer. Il fumait beaucoup. Et il prenait beaucoup de café aussi.

Le haut parleur annonçait le départ du train dans quelques minutes. On entendait : « le train en direction à Paris va partir dans quelques minutes, faites attention à la fermeture des portes ». Il lui répétait de faire attention à son sac car elle l'avait laissé sur le siège. Tout ce qu'elle a été capable de faire, c'est de l'embrasser fort entre ses bras, de se mettre à pleurer et de lui dire merci. La sonnette a sifflé fort et les portes se sont fermées. Audrey s'est assise et elle est restée en pleurant deux heures jusqu'à l'arrivée à la Gare de Lyon à Paris. Le contrôleur est venu, elle a tendu son billet déjà composté.

Audrey ne réussissait pas à réagir. Elle a allumé une cigarette qui était complètement mouillée par ses larmes. Elle a bu un peu d'eau.

Son arrivée à Paris était un rêve attendu depuis longtemps et maintenant arriver à Paris n'avait aucun sens. Elle ne savait pas quoi faire. Audrey allait rester chez une dame qu'elle avait connue dans une auberge à Florence. Elle a attendu car il était encore tôt et elles se réunissaient à 16h chez Chantal.

Le soir, le téléphone a sonné. Jean lui avait demandé de lui laisser un téléphone pour pouvoir la joindre. Chantal a passé l'appareil à Audrey. Elle a entendu : « je ne peux pas oublier tes larmes ni tes yeux. Je t'attends dans deux heures dans le café Le Départ, au Quartier latin. Je peux te loger ».

Elle a pris un taxi et elle y est arrivée. Il a commandé une mousse au chocolat avec de la crème chantilly et des fraises. Et un grand café. Audrey, un verre de vin rouge.

Ils ont vécu la semaine la plus belle de la vie d'Audrey. Mais les jours s'écoulaient. Elle avait été toujours dure pour parler et encore plus des sentiments. Elle en était consciente. C'était un effort impossible.

C'était la dernière nuit. Ils ont marché en se tenant par la main, après le dîner, pendant des heures. Ils sont rentrés à l'hôtel de la Rue des Écoles à 4h du matin. Jean repartait le lendemain et elle restait sur Paris trois jours de plus pour aller après en Espagne et finalement, retourner à son pays.

Elle a pris du courage, un courage qu'elle ne sait pas d'où elle pu en tirer. Elle lui a avoué qu'elle était tombée amoureuse. Il n'a rien dit. Il l'a prise entre ses bras.

Le jour suivant, il y avait la grève. Il voulait aller tout seul à la gare mais elle est allée quand même avec lui. On ne savait pas si le train allait partir ou pas. Le haut-parleur annonçait des messages contradictoires. Oui. Non. Finalement, il allait partir. Audrey ne pouvait pas arrêter de pleurer en silence. Il l'a embrassée et il s'est précipité sur le quai et elle l'a perdu de vue entre la foule.

Audrey est restée sur Paris. Elle se sentait seule et perdue, « pommée », comme lui avait appris à dire Jean.

Elle est partie en Espagne. Là –bas aussi, il lui a téléphoné et il lui a dit plein de belles choses. Mais pas celles qu'elle voulait entendre, peut être.

Elle est rentrée à son pays au mois de mai. Elle sentait qu'elle mourait d'amour. Elle était convaincue que ces sentiments arrivaient aux autres. Erreur.

Les mois se sont suivis. Elle passait ses derniers examens à la fac, des études qu'elle n'avait jamais aimées.

Jean, un des jours qu'ils ont partagé ensemble, a vu un écrit d'Audrey. Et il lui a dit : « tu seras quelqu'un qui va écrire, j'en suis sûr ».

Assez souvent, elle recevait des cartes postales de Jean provenant du monde entier.

Fin novembre, elle lui a demandé si elle pouvait aller le voir en France, en décembre. La réponse a été : « biensûr ».

Elle y est allée. Peu à peu, ils ont pu parler. Malheureusement pour Audrey, Jean était l'amour de sa vie mais Jean ne ressentait pas la même chose envers elle. Elle est restée presque un mois chez lui.

Le papa de Jean a eu un problème de santé et il devait partir s'occuper de lui. Le 28 décembre. Il l'a prise fort entre ses bras, sans la lâcher. Il lui a dit tout bas : « c'est moi le problème ». Audrey lui a demandé de ne pas la consoler, de ne pas lui dire de mensonges. En la regardant très fixe, de ses grands yeux bleus, Jean a répondu : « malheureusement, ce n'est pas un mensonge, ce serait bien plus facile ». Il l'a embrassée encore et il est parti.

Audrey n'oublie jamais sa manière de marcher, les mains dans les poches. Il neigeait. Elle regardait par la fenêtre du premier étage. Et l'a perdu de vue.

Audrey sentait qu'elle s'étouffait de tristesse et qu'elle se noyait dans ses propres larmes. Elle était restée immobile.

Deux jours après, elle est retournée à son pays. Avant de partir, elle lui a laissé les clés de l'appartement sur l'oreiller. Elle a tout regardé une dernière fois tout en sachant qu'elle ne reverra plus cet appartement.

Une fois de retour à son pays, elle vivait en mode automatique. Elle se sentait sèche, seule, perdue.

Les cartes postales arrivaient de temps en temps. À chaque enveloppe provenant des pays différents, car Jean voyageait souvent, elle sentait comme si on lui arrachait un morceau de peau.

Le temps est passé. Longtemps. La vie a présenté à Audrey d'autres chances, d'autres opportunités, qu'elle a choisies d'accepter. Et elle a demandé à Jean de ne plus lui écrire.

Audrey a fait sa vie. Comme elle a pu. Et comme elle a choisi sûrement. Mal choisi.

De temps en temps, elle cherchait son nom sur internet, sans plus.

Vingt ans après, elle a tapé son nom, encore une fois, et elle a vu une publication qui annoçait sa mort.

Pendant quelques années, Audrey avait toujours essayé de contacter sa fille. Audrey lui avait envoyé une invitation par facebook en supposant que c'était elle. Elle a attendu une réponse, des années.

Il a deux ou trois mois, elle a vu que sa fille avait accepté son invitation. Audrey lui a demandé par message si elle était la fille de Jean. Oui. C'était bien elle.

La fille de Jean a téléphoné à Audrey. Sa fille a été adorable. C'était une conversation qu'Audrey attendait depuis 23 ans. Elles ont parlé deux fois, par appel vidéo, des heures.

Sa fille a pu répondre à Audrey plein de questions. Elle lui a fait du bien. C'est une personne comme Jean la décrivait : pure et adorable.

À travers Audrey, je te remercie : je te dirai Marie pour préserver ton prénom, car je sais qu'Audrey ne retrouvera jamais les mots suffisants pour te remercier. Pas seulement de lui avoir répondu mais de l'avoir comprise, écoutée et aidée. Merci, infiniment merci.

Moi, Audrey, je finis cette petite ou grande histoire, avec une vieille lettre que j'ai retrouvée des années après. Et que j'ai relue, encore une fois, quand j'ai raccroché, après avoir parlé des heures avec Marie.

*À toi, Jean, comme tout*

*Ils se sont passé cinq ans. L'amour reste intact. La tristesse aussi. J'ai connu d'autres gens, plusieurs heures se sont écoulées, de nombreux moments se sont succédés ; mais personne n'a été capable de remplir le vide que tu as laissé. Et comme un jour ma mère a dit à mon père, je te le dis à toi aujourd'hui aussi : je croyais que personne n'était indispensable : toi si. Et chaque jour, à*

*chaque instant je continue à me demander où tu seras et si, peut être, tu te souviens de moi et je me sens stupide de me poser ce type de questions mais je continue quand même à me les poser. À toi, Jean, ces lignes, comme tout, bien que cela te plaise pas. Et je répète encore une fois que je t'aime, tel que tu es, dans mon pays ou en France, à ton âge ou au mien, n'importe où, n'importe comment, mais à toujours et je t'avoue encore une fois que je t'aime. Pourquoi ? je ne sais pas. Ce sera peut être justement pour cela que je t'aime.*